

EDUCACIÓN Y REFORMAS

Alberto Pérez Castellanos

Ldo. en Comunicación Audiovisual

Como mi única experiencia pedagógica es la que he tenido como alumno durante casi 20 años, creo que lo más lógico será que hable sobre la opinión que he formado durante esta etapa como alumno, y que no divague sobre cuestiones ajenas a mi conocimiento.

Si algo ha caracterizado mi vida escolar han sido, sin duda, las reformas, de todo tipo y a cualquier edad. Cuando era pequeño y cursaba la E.G.B. en el pequeño colegio comarcal de mi pueblo se comenzaba a hablar de la L.O.G.S.E. En aquellos tiempos mis preocupaciones académicas eran mínimas y pasaba de curso sin problema, pero observaba que los cursos posteriores al mío pasaban a llamarse de *Primaria*, y que lo que más me preocupaba de esa reforma llegaría después. Mi instituto de Bachiller se convirtió en de Educación Secundaria el año que comencé 2º de B.U.P., y el año que empecé la carrera, 1999, supe que un nuevo plan se iba a instaurar en el 2000. Esto significó que si tropezaba cambiaría todo mi plan de estudios. ¿Y qué experiencias suponen para un estudiante contar con continuas reformas de planes escolares tras él?

Las respuestas son variadas. Lo más común es tener dudas sobre los diferentes planes de estudios. ¿Es mejor B.U.P. o E.S.O., el plan del 96 o el del 2000? No creo que sea ni beneficioso ni aceptable estar continuamente cambiando los sistemas educativos e ir introduciendo reformas en estos mismos, y creo que hablo con conocimiento de causa, porque en mi promoción universitaria se distinguía claramente quienes habían cursado el nuevo bachiller y quienes C.O.U., y no considero que se nos pudiese evaluar a todos de la misma manera.

Otra experiencia poco grata es la presión. Ésta se siente ante la posibilidad de un tropiezo académico que acarree un molesto cambio de plan de estudios. En este punto me refiero más a la Universidad que a los estudios medios. Tanto mi hermano como yo hemos vivido sendos cambios de planes, él el de 1996 y yo el del 2000. En esta situación, suspender una asignatura de un curso para otro se convertía en un verdadero problema: cada año teníamos la obligación de matricularme de un curso completo, y después de las posibles asignaturas sueltas de cursos anteriores de las que no tenías derecho a docencia, asignaturas que desaparecían en los nuevos planes, cambiaban de temario, profesor, examen..., o que aumentaban sus créditos o duración. Además se añadía la complicación del número de oportunidades para aprobarlas, que al estar un nuevo plan un curso detrás, disminuían. Muchos de mis compañeros se vieron obligados a cambiar de plan y otros, como yo, a hacer exámenes bajo una presión que poco ayuda a retener conocimientos y prepararnos para el mundo laboral.

También se puede hablar de los absurdos cambios de denominación de asignaturas, de los créditos, la partición de temarios, la selectividad y la reválida, la polémica sobre la religión, la L.O.U., la L.O.C.E., y tantas cuestiones...; pero yo prefiero dar mi humilde opinión sobre lo que conozco y, si se me permite, hacer un par de peticiones. La primera a los políticos de todas las administraciones: que busquen un buen sistema educativo lo más consensuado y bueno posible, y que si funciona, que no lo echen abajo por cuestiones ajenas a la propia enseñanza. Y la otra petición a las familias: que asuman ser las verdaderas primeras instituciones encargadas de educar a sus hijas e hijos.